

Han golpeado la puerta de hierro como por descuido. Un par de toques desangelados. Las voces y los pasos de los guardias venían acercándose desde la nada, igual que tantas otras veces, y de pronto han abierto y cerrado la mirilla, iluminando un momento con la luz de la galería la penumbra constante de la celda. Un relámpago y dos truenos simultáneos: los golpes del metal, la luz interrumpida. Y la tormenta. Ósip se ha despertado de inmediato, como sacudido por una bofetada, y no ha escuchado casi nada más. Con los ojos aún acostumbrados a la turbia oscuridad ha apoyado la mano en la pared fría y viscosa de la celda para incorporarse. Los artejos le crujen, le duelen todos los huesos, le cuesta dominar el rechinar de dientes, le tiemblan los brazos, las piernas. Durante unos segundos, al otro lado de la puerta, ha escuchado un rumor de voces secas que parecían ponerse de acuerdo en algo. Luego han abierto con un estruendo de metal pesado y chirridos de óxido y le han marcado la cara con la linterna:

—¡Eme, preséntate!

Nombran a los presos por la inicial del apellido. El guardia apenas se mueve del umbral. Parece alto, corpulento. En su voz hay un destello de vacilación, casi de fragilidad, que hace que Ósip piense de pronto en un país extranjero, en la Europa central. O en una ciudad al sur, quizá en el Cáucaso. Le ha dicho un «preséntate» que parecía de opereta, como escrito en el aire con pomposas letras góticas y no con los tallados caracteres cirílicos. Ósip, mohoso aún del sueño interrumpido y deslumbrado por el haz de luz, no ha podido ver su cara; pero esa voz no la recuerda, ni la estatura del carcelero le parece familiar.

Lleva poco tiempo en esta celda: hace sólo tres o cuatro días que lo trasladaron desde la Lubianka y aún no conoce el turno de los guardias. Está extrañamente solo: ni compañeros con quienes hablar ni confidentes que intenten sonsacarle alguna información inculpatoria. Todavía no ha logrado comunicarse con los presos de las otras celdas, ni menos aún ver a ninguno. Sabe de ellos sólo por los golpes que intercambian entre sí. Él no tiene fuerzas. Ni ganas de hablar. No tiene ganas de nada. Sólo querría dormir.

Le tiembla el cuerpo entero, desde los tobillos hasta las mandíbulas. Para entrar en calor mueve las piernas mientras se viste. Es un decir. Coge el jersey con que se tapa por las noches y saca de debajo del jergón las botas podridas, casi sin suela. Las botas sin cordones. Los fantasmas mugrientos de sus botas. Se alisa el pan-

talón lo mejor que puede y, sujetándolo con la mano izquierda para que no se le caiga, sale de la celda.

Otro interrogatorio no, por Dios. Lo saben todo. Ya lo he dicho todo. Ya tienen la condena. No más interrogatorios, por piedad. Qué más dará. Ya he confesado todo. Ya lo he firmado todo. No sé qué más decir, qué inventar, qué fingir. Otro interrogatorio no. Qué más os da.

No es miedo. Ya no es miedo: eso pasó. Tuvo miedo por Nadezhda, sola y aislada; por Víktor Shklovski, por su familia y por los demás amigos, por Shura y todos los que aún llevan el endiablado apellido Mandelstam. Hace meses, semanas, tuvo miedo. Ahora no es miedo. Es asco. O tampoco. Agotamiento nada más. Un cansancio fúnebre, abotargado, que no le deja ni pensar. El moco, la cal muerta, la lechada pastosa del sueño a plomo empapándolo entero como una masa que trabara el tiempo y dificultara todos sus movimientos, incluso los del corazón, incluso los del aire al respirar.

Y se convence casi por compasión hacia sí mismo de que no habrá más interrogatorios. Tienen de él todo lo que querían, y está en esta prisión únicamente para que se cumpla la última sentencia. Cinco años de trabajos forzados en Siberia, en los campos de hielo y mercurio de Kolimá, por actos subversivos de propaganda antisoviética. Es decir, por haber difundido clandestinamente sus poemas al intentar publicarlos en-

viándolos a diversas revistas literarias sin la preceptiva autorización del sindicato.

Esos poemas nunca han sido editados. Pero en las redacciones lo conocen, y algunos copian sus versos a escondidas y los divulgan clandestinos, de viva voz, en copias manuscritas o mediante precarias imprentas artesanas. Los copian porque aman su poesía, o porque les admira y les inspira su insobornable valentía suicida; o porque piensan denunciarlo y aprovecharse de su ingenuidad, o por todo al mismo tiempo. Hay de todo. De lo peor hay mucho.

El caso es que él va a pagar por esas copias, por cada una de esas copias y por las interpretaciones que algún descerebrado con la obsesión de trepar o con el miedo de no hacerlo pueda extraer de ellas. Lo acusan de divulgar lo que sólo ha enviado a las revistas con la esperanza amarga de que le publicasen algo, cualquier cosa, incluso los horrendos versos aliñados para lisonjear al dictador: los versos que ha fingido como último recurso, como conjuro agónico que no podrá salvarlo, con el secreto fin, con la esperanza de que puedan servir de protección para Nadezhda.

Tiene cuarenta y siete años y parece un anciano: pelo ralo, canoso; hombros y ojos hundidos, mirada ausente. No es muy alto, ya no es corpulento y su andar encorvado lo hace parecer aún más pequeño y deshecho. Los meses de reclusión han dado a su piel un